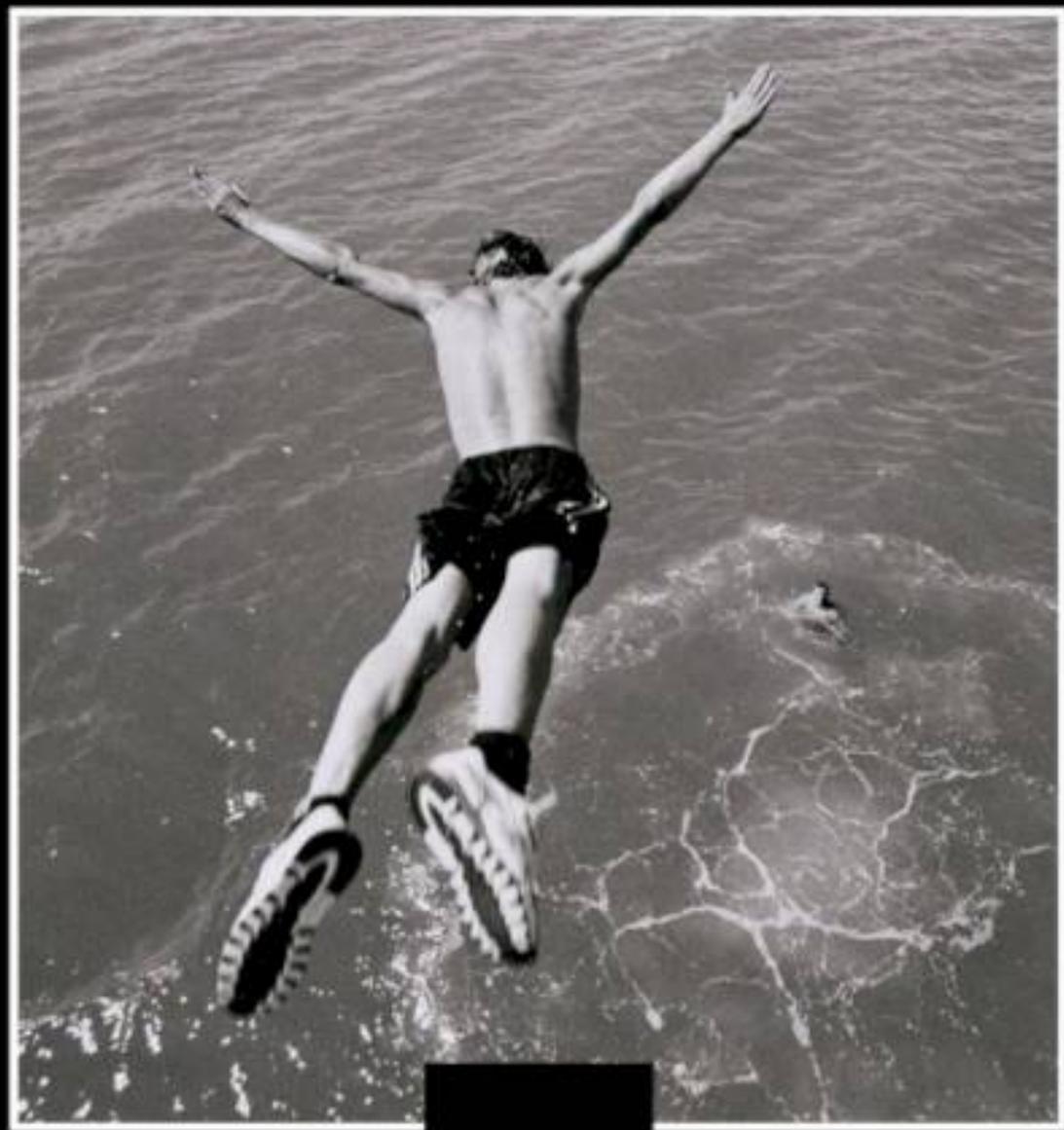


Miguel Ángel Oeste  
ARENA



Cervezas calientes, vespinos, tiempo muerto sobre la arena blanca de la playa... Un verano inacabable y pegajoso en algún lugar de la costa malagueña y la sensación de que nada bueno va a salir de la adolescencia marginal de Bruno, quien narra las aventuras propias y las de su grupo de amigos. Y aunque su padre le repite que deje los cómics y las novelas y se matricule en derecho, lo cierto es que ni sus progenitores ni los amigos que estos frecuentan predicán con el ejemplo, y Bruno deberá decidir su futuro sin contar con la familia.

## Índice de contenido

Cubierta

Arena

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

Un puñado de arena

Sobre el autor

*Para Juan Bonilla, José Luis Amores,  
Dani Ruiz e Isabel Bono,  
que se llenaron los ojos de arena.*

*Para Moy y Elena por acompañarme.*

Imágenes de padres que estaban tan hambrientos e insatisfechos que se comían a sus propios hijos. Imágenes de jóvenes, adolescentes de mi edad, que levantan la vista del asfalto y quedan cegados por el sol.

BRET EASTON ELLIS, *Menos que cero*

*Si está bien, / si está bien, / si es tan fácil, / ¿por qué duele así por dentro?*

LOS PLANETAS

Me acuerdo del sudor.

Un carroñero instalado bajo la piel.

Me acuerdo de la virulencia de las respiraciones, de las palabras que se repetían entrecortadas y se quedaban grabadas, y de las ganas de perder la conciencia y de abrasarme como cuando de niños quemábamos insectos con una lupa. Me acuerdo de la combustión del hombre vestido con traje de lino. El sabor a metal. El olor a óxido de la colonia Lacoste. Descargas eléctricas absorbidas por mi cuerpo. Hundido durante horas o para siempre en la arena.

Los días de aquel verano transcurrían viscosos. Me acostaba al amanecer y no me levantaba hasta pasadas las dos o las tres de la tarde. Empapado. Con el ánimo apestando a leche agria. Cada roce contra las sábanas tirantes, una arcada.

Me acuerdo de las tardes tumbados en la arena o apoltronados en los bancos, comiendo pipas, bebiendo cerveza, fumando porros y hablando de tías, de cómo sería la noche y de cómo había sido la anterior.

Noches repetidas y que, sin embargo, parecían únicas.

Los mismos nombres. Los mismos lugares. Las mismas acciones. Los mismos deseos. Los mismos lunares. Las mismas estrellas en el cielo. Las mismas luces. Las mismas resacas. Las mismas conversaciones con idénticas preguntas y respuestas una y otra vez.

Me acuerdo del camino de mi cama a la Arena Blanca donde me zambullía. Sin desayunar. Molido. Con resaca. Aquellos baños eran como meterse en una cápsula rejuvenecedora. La picadura de una araña. Listo para la siguiente cerveza. Para continuar con la fiesta. El estado perfecto. El aburrimiento perpetuo. Solo durante unas horas. Luego regresaba el sudor, las arcadas, el ánimo infecto. Tal vez fue ese estado el causante de todo.

Tal vez ya lo tenía dentro —las ganas, el ansia, el picor, el deseo— y ese estado simplemente me desgarró la máscara. La quebró. Dos mitades que se partieron y salí yo. El Pérez me decía: Bruno, ninguno somos nosotros demasiado tiempo. Siempre queremos ser otros. Siempre actuamos como otros. Cuando te olvides de ti sabrás quién eres. El Pérez y sus frases. Sus reflexiones. El Pérez, que vivía en la calle. Cerca del mercado municipal. Iba tirando con los desperdicios de los puestos de frutas y verduras, y con monedas, ropa y objetos inservibles que le daba la gente. Leía periódicos viejos resguardado en una esquina de la biblioteca. Todo lo que hacía el Pérez durante el día era leer, dormir y soltarte esas sentencias que te volaban la cabeza, pero nadie le tomaba en serio. El loco del Pérez. El loco del Pérez que, por otro lado, siempre se enteraba de todo. Al que no se le pasaba nada. Sin moverse de aquel sitio. Con las botas marrones de pescador y el impermeable naranja en pleno verano. Con su calva quemada y sus ojos engurruidos por el sol. Me acuerdo del Pérez porque fue el primero que me vio. Que supo lo que hacía.

Hacía las cosas sin pensar.

Sabía lo que hacía y me gustaba. Por poco tiempo, eso sí. El problema era que me aburría enseguida de todo. Entonces vuelta a empezar. A por otra. Sin ningún tipo de arrepentimiento. Aunque estudiaba cuál sería la siguiente, entonces me detenía a meditar. Obsesivamente. Tanto que el pensamiento no me dejaba vivir. Cuando uno deja de vivir, ¿desaparece o permanece?, cosas así, me preguntaba.

Mi padre no quería que me juntara con el Manco ni con Pipo ni con el Bocina ni con el resto de los que formaban mi pandilla. Mi padre no quería que leyese ni que dibujara y escribiera, no quería que perdiese el tiempo. Mi padre deseaba que yo me matriculase en Derecho y que no malgastara el tiempo con nada más.

—¿Qué haces? —preguntaba cuando me veía tirado en la cama, leyendo un cómic de La Patrulla X o una novela.

—Nada. —¿Qué le iba a decir? Para él leer era no hacer nada.

—Ya lo veo. No pierdas el tiempo —decía, sin dejar de mirar el cuarto, como si aquellas páginas lo asquearan, mientras Coloso, Cíclope, Lobežno, Tormenta y los demás mutantes me miraban a mí desde las viñetas, como si esperasen que me levantara de la cama y me enfrentase a él, defraudados por que me quedase paralizado.

Luego, plantado en el quicio de la puerta, empezaba con el sermón:

—Después del verano, si no escribes algo decente estudias Derecho. —Hasta que no dejaba la lectura no se marchaba—. Es por tu bien.

Me revolvía el pelo y yo le entregaba el tebeo o el libro, que él miraba como si fuese un objeto contagioso.

—Ahora no lo entiendes, Bruno. Pero lo entenderás. Es por tu bien —repetía.

Mi madre no decía una palabra. Solo le preocupaba subir y bajar montañas con esa sonrisa de modelo dibujada en la cara, parecía no enterarse de lo que realmente sucedía; más preocupada por el subidón, mirándome como si no terminara de creer que yo estuviese allí. Muda. Una mu-

ñeca con el mecanismo dañado. ¿Qué iba a decir? Siempre estaba colocada. Coca al despertarse, para merendar, atracción por la noche. Ellos se dejaban billetes enrollados en el salón o en el dormitorio y yo los cogía al día siguiente. La verdad es que les robaba aunque no los dejasen enrollados. El cristal de la mesa siempre estaba sucio. Y las cajas de cedés, pringosas. El sudor y las drogas se te quedan adheridos de una forma muy parecida.

Luego, como a deshora, me llega la tristeza, y el escalofrío que sentía al notar las manos de mi padre. Sus dedos de morcilla. Su olor en mi piel. A veces me reía de mi padre. El tiempo ha acabado por atraparlo a él. No digas el nombre del tiempo en vano, me río, delante del espejo del baño antes de salir.

La casa en silencio. Respirando por sí misma. Quitándose el aire de los pulmones.

El paseo marítimo y la playa. Esos eran mis lugares. Estar allí como parte del paisaje. La calle, un hogar o un refugio. Cualquiera que me buscara podía estar seguro de encontrarme en alguno de los dos sitios.

Sentado contra el muro del paseo marítimo, veía pasar a la gente. A las familias arregladas. Contemplaba la felicidad. Allí me encontraba con el Manco, Pipo, el Bocina, con quien estuviese. Bebíamos cervezas en el Tato. Todos mis amigos tenían novia. La felicidad. Nos reuníamos allí. No hacía falta quedar.

Un golpe en el hombro. La sonrisa de Gonzalo, el Manco.

—¿Qué haces?

—Aquí.

Fue a por dos cervezas. Me pasó una. Bebimos. De cara al mar. Plano. Oscuro. Irreal. El bullicio lo teníamos a la espalda. Aquello se estaba convirtiendo en una feria. Dos planos diferentes. El poyete del muro del paseo te transportaba a una dimensión; a nuestra espalda se extendía otra; ¿la felicidad? Pensé en la felicidad. No sé qué es la felicidad. En qué consiste.

El Manco sacó un paquete de Camel. Me ofreció uno. Fumamos. La felicidad es ahogarse, pensé. Y se me ocurrió levantarme para pedirle al Tato una hoja o una servilleta y escribir la frase, pero me quedé quieto, envuelto en el humo, el calor, la cerveza tibia; rascándome el salitre del mar. A pesar de que me encontraba de espaldas al paseo podía oler el champú en los cabellos recién lavados, y el desodo-